

La fuerza de la mansedumbre

«Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo.» (Jn 1,29)

Al poder del pecado -la fuerza de la división y de la destrucción-, Dios contrapone no la fuerza sino la debilidad y la inocencia del cordero. Y el mal pierde terreno según avanza y ocupa espacio el cordero, que es una criatura frágil y vulnerable.

El cordero no tiene pretensiones, no desenfunda agresividad, no enseña los dientes, no mete miedo, no posee medios para hacerse respetar, su voz no tiene la más mínima semejanza con el rugido del león y, sin embargo, al final sale victorioso. Diría que el cordero, en la perspectiva evangélica, mete miedo al lobo. Le hace huir. La mansedumbre es la única capaz de prevalecer sobre la prepotencia.

El mal parece inexpugnable y, sin embargo, en su arrogante armadura existe un punto débil. Su mirada no consigue soportar la mirada de la inocencia. Su poder terrorífico no puede nada contra la fuerza desarmada del amor.

A pesar de las apariencias, y a pesar de que, en la realidad inmediata, el cordero aparezca como víctima sacrificial, predestinada a ser degollada por el verdugo, al final -como nos dice el libro del Apocalipsis- él es el triunfador por la fuerza invencible de su mansedumbre.

«Entonces vi, de pie, en medio del trono y de los cuatro vivientes y de los ancianos, un cordero, como degollado. (...) Y toda criatura, del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos, oí que respondían: “Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos”.» (Ap 5,6-13)

Un cordero degollado, impotente, se transforma en luz de las naciones. «He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él.» (Jn 1,32) La vida de Jesús es una existencia en el Espíritu. El Espíritu es la fuerza interior (unción mesiánica) del Cordero, relación continua con el Padre, secreto de amor ofrecido al mundo frente a toda forma de violencia, porque el amor es más fuerte que la muerte.

«Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien me complazco. (...) No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará.» (Is 42,1-3)

Los profetas apocalípticos gritan en las plazas y en los templos, ayer y hoy; les encantan los púlpitos y tienen una secreta fascinación por la violencia y por la destrucción. Proyectan sobre los otros la amargura que llevan dentro. Jesús, al contrario, es el profeta *manso y humilde de corazón*, el amante de la vida, que desea hospedarse en nuestra casa, que mira a los ojos, que se sienta a la mesa con nosotros, que escucha el dolor, y no grita, porque lo más genuino de la vida (bondad, amor, perdón) no se dice a voz en grito, se dice en la quietud, de corazón a corazón, como un susurro.

La caña cascada no la quebrará. La suave locura de Dios es esperar por cada uno. Jesús es un profeta paciente, que nos da tiempo para reconocer los fragmentos, para reconocerlos y para amarlos, porque su pasión es la reconstrucción. Su pasión es sanar. Esta es su fuerza: la fuerza de servir la vida frágil, de guardarla, de cuidarla, de reactivar la esperanza. Para Él ningún de nosotros está acabado, y nadie está para siempre perdido. Su alma se estremece con los recomienzos. Nos dice una y otra vez: puedes nacer de nuevo.

La mecha vacilante no la apagará. En cada ser humano, aún en lo más desesperado, hay siempre un punto de luz, aunque sea un fuego moribundo, agonizando bajo una gruesa capa de ceniza. Jesús, que ve el corazón, penetra en nuestra zona oscura hasta encontrar una pequeña ascua. Él ha venido a traer el fuego a la tierra y desea que este fuego esté ardiendo. Jesús es un experto incendiario. No apaga, no condena, nos hace luminosos.

Este Cordero se hace banquete bajo la forma discreta de un trozo de pan y de una copa de vino, lugar oculto a lo que solo puede acceder la mirada interior nacida del Espíritu, memorial de una entrega para que todos tengan vida y la tengan abundante. ¡Felices los invitados a la cena del Señor!